

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA  
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 99

## Defensa del canónigo don Sebastián de Betancourt y León, con un informe de lo ocurrido en Morelia desde el 18 de septiembre al 28 de diciembre de 1810

Para dar a vuestra señoría una idea de las ocurrencias de Valladolid, antes de la entrada de los insurgentes en aquella ciudad, y de su dominación hasta la llegada de las tropas del rey, con algunos pasajes míos propios, haré a vuestra señoría una relación exacta verdadera y completa de todo lo sucedido desde el 18 o 19 de septiembre del año pasado, hasta el 28 de diciembre del mismo.<sup>1</sup> Es como sigue: Supimos en aquella ciudad la revolución comenzada en el pueblo de Dolores por el infame cura Hidalgo y sus secuaces; en seguida la toma de San Miguel el Grande, Chamacuero y otros pueblos; como de la entrada en estos lugares resultaba irse engrosando la masa de insurgentes, ya empezábamos a recelar los progresos que harían dentro de poco tiempo, como sucedió; yo por mi parte exhortaba cuanto podía a la resistencia; escribí muchas cartas a mis gentes de Veracruz y algunos amigos de ésta capital, haciendo ver los males que nos amenazaban, y la necesidad del pronto remedio, y mi espíritu no podía tranquilizarse, al considerar el cúmulo de desgracias en que íbamos a ser envueltos.

El 23 del mismo septiembre se celebró una junta (a que yo no asistí) en la casa del asesor intendente interino, con el objeto, según supe después, de poner la ciudad en el mejor estado de defensa.<sup>2</sup> El 24 me presenté ofreciendo mi persona, como fiel vasallo del

---

<sup>1</sup> En ese día entró el ejército del rey al mando del señor Cruz.

<sup>2</sup> En esta junta quedó nombrado por comandante de la caballería el canónigo de aquella iglesia don Agustín Ledos, para las urbanas el capitán retirado don Juan Antonio Aguilera, y el mando del ejército todo en el sargento mayor de aquel regimiento provincial don Manuel Gallegos.

Cuando entraron los Dragones de Pátzcuaro tomó el mandó general su sargento mayor don Rafael Ortega, como más antiguo que Gallegos y porque su coronel el señor Menocal aunque estaba en la ciudad, se decía hallarse enfermo.

rey Fernando 7º para que se le ocupase en cuanto se considerara útil; en efecto se me comisionó para que vistiese la tropa de caballería, milicias urbanas, y algunos artilleros, que todo se estaba organizando; desde luego que se me dio esta comisión que fue por el asesor a las seis de la tarde, comencé a trabajar juntando todos los sastres del lugar, y a las 11 ½ de la noche, ya les había repartido para sus hechuras más de 200 chaquetas de caballería, con 200 sombreros para ponerles cintas, y escarapelas. Así continué con el mismo tesón los días siguientes, hasta haber logrado en menos de quince dar vestidos unos 40 artilleros con sus uniformes de tal, sombreros con sus motes en las cintas que decían *Real Cuerpo de Artillería*, en algunos dos cañones, y en otros su cifra de V. F. 7º; cerca de 400 de milicias urbanas con sus respectivos sargentos, y cabos, todos de chaqueta, chaleco y pantalón, con sus sombreros adornados con cinta y escarapela; unos 800 lanceros de caballería, con sus chaquetas y sombreros como los antecedentes. Vestí también los 4 portaguiones, sargentos, cabos y los dos clarines; se me mandaron hacer los estandartes para esta caballería, dejando a mi arbitrio las insignias que debían ponerse en ellos; los hice de raso blanco, y en dos fijé las armas del rey, y en su orla esta inscripción *Fernando Séptimo Hispaniat et Indiar Rex*. Apoyabanse estas armas sobre un león, y una águila signos de las dos Españas, en ademán de abrazarse y darse un ósculo, y sobre ellos este mote: *Viva la verdadera unión*, y al reverso la cruz de Borgoña; en los otros dos puse de un lado las armas de la ciudad de Valladolid, y en el otro este Mote: *La felicidad consiste en la unión de ambas Españas*. Hice la bendición, con las solemnidades que previene el ceremonial, y con arreglo a la ordenanza. Convidé al doctor don Victoriano de las Fuentes para la plática, quien la desempeñó con su acostumbrada elocuencia, y a satisfacción del auditorio; concluida la misa mandé los estandartes al campo, precediendo antes el paseo militar por las calles, y merecieron la aceptación general por su hermosura, e invención. Los recogió a la entrada en

Valladolid el señor comandante Cruz, y oí decir que los iba a remitir a su excelencia ignoro si lo haría. El 26 del mismo septiembre, como a las once del día, entré a la casa del señor obispo, quien al verme tan fatigado, *motu proprio* me dispensó el rezo, y asistencia al coro; en ese mismo día me nombró su teniente vicario general del ejército, me remitió el título a mi casa, y se me dio a reconocer en todos los cuerpos. Desde luego comencé con esta nueva ocupación a activar mis providencias, nombrar capellanes, comunicarles las facultades, y poner a la tropa los privilegios que debían gozar en tiempo de guerra. El 29 puse una exhortación<sup>3</sup> a la tropa animándola a la defensa, y a pelear por la paz, y por la unión que todos debíamos apetecer, y lo demás que contiene la misma exhortación que puedo presentar; puse varios ejemplares para que leyéndolos los capellanes en sus respectivos cuerpos, los fijasen después en las guardias de prevención, y en los destacamentos de las garitas; así lo hicieron con la mayor eficacia.

Con motivo de tener ocupados muchísimos sastres en el trabajo de vestuario, visitaba diariamente las sastrerías a pretexto de avivar la obra, y me valía de esta ocasión para exhortarlos; les decía muchas veces que no creyesen nada de cuanto venían publicando Hidalgo y sus satélites; que ahora trataban de aniquilar a los gachupines que después los indios darían tras los blancos, y que por último se formaría una guerra entre los mismos indios, y las castas que se harían pedazos unos con otros, y al fin el rey no sería presa de una nación extranjera; les decía también que ya veían lo que trabajábamos para la defensa de la ciudad, que en el caso de alarma, el que no fuese soldado se retirase a su casa para evitar toda confusión, y que desde allí encerrados con sus familias nos encomendaran a Dios.

---

<sup>3</sup> Esta exhortación fue interceptada por los insurgentes cuando venía aquí para su impresión.

Hasta aquí señor, he dicho con la religiosidad que me caracteriza los escasos servicios que estaba haciendo a la patria, como sacerdote, como ciudadano, y como fiel vasallo del rey que es mi divisa, y la que he llevado a más de la de cristiano en toda la serie de mi vida, como haré constar. Continuaré los demás sucesos ocurridos, hasta la triste, lamentable, y amarga época de la entrega de la ciudad que lloraremos para siempre. Como teniente vicario del ejército iba todas las tardes, y muchas mañanas al campo a vigilar la conducta de los capellanes, e informarme si cumplían con sus deberes, y evitaban en cuanto fuese posible los desordenes que se advierten en los reales donde se sitúan las vivanderas; a los dos o tres días, esto es a principio de octubre, comencé a oír que se desertaban por la noche muchos de los lanceros de caballería, con estas noticias tan frecuentes, me encaminé una tarde a las casillas de los comandantes, hablé de las desertiones, y dije que aquella tropa estaba ya a sueldo del rey, y respecto a tener allí sus estandartes hiciesen el juramento ante ellos con arreglo a ordenanza y se le leyesen las leyes penales; sabrían entonces sus obligaciones, y que el que desertaba si lo cogían, sería pasado por las armas, o colgado de un árbol irremisiblemente a las 24 horas; a esto dijo uno: Que aquella tropa aun no se arreglaba; que había en el campo sus predicadores a favor de los insurgentes, y que no había remedio; ya no quise replicar, ni hacer más reflexiones y me retiré bastante adolorido, lo cierto es que esta tropa dormía en el campo con sus uniformes, armas y monturas, y acaso esto los animaría más a la fuga. Si se podía remediar este daño quitándole de noche las armas, y monturas guardándolas en la barranca donde estaba su guardia de prevención, lo sabrán los que mandaban.

El 12 o 13 de octubre supe que había habido una junta de jefes, y algunas autoridades, en que se trató ya decididamente de la entrega de la ciudad a causa de no haber fuerzas suficientes para resistir al enemigo, que traía un ejército numeroso; aún lo dudaba

yo, pero vi desde luego ir retirando utensilios, y en seguida la tropa a sus cuarteles; ¡Desgraciada prisión del señor García Conde jefe activo y experto!<sup>4</sup> Se perdieron dos regimientos de infantería, y caballería, ambos disciplinados. Yo no sé si estos regimientos podían haber hecho una retirada honrosa, tomando un rumbo distinto del que traía el grueso ejército de revoltosos, y si con el auxilio de cuatro cañones de a cuatro, y suficiente repuesto de municiones no podrían batirse en la misma retirada, y acaso imponer a cualesquiera partida de insurgentes que encontrasen, hasta libertar esta tropa, y ponerla en paraje donde fuese útil al rey. Mucho me ocurría que decir en este particular, pero lo omito para cuando llegue el caso, y porque creo no es de este lugar, por tanto espero de vuestra señoría me disimulará la digresión que he hecho y seguirá prestándome su superior atención para lo que me resta que decir.

El quince del mismo mes suspendió el señor gobernador de la mitra por las razones que expuso la excomunión puesta por el señor obispo; acabada la misa mayor recibió el cabildo un recado de Anzorena citándolo para una junta, fuimos en efecto, y congregados ya los regidores, prebostes de religiones, y otros republicanos dijo Anzorena: Que en la madrugada de aquel día había revivido un oficio de Aldama, que se decía mariscal, intimándole la rendición de la ciudad, y que en caso de resistencia entraría con su ejército a sangre y fuego; en estas circunstancias se trató en la junta de nombrar tres parlamentarios, uno por el estado eclesiástico, otro por la ciudad, y otro por los militares. Recayó en mí el nombramiento del eclesiástico, y aunque renunciaba el cargo, insistió la junta, y me ofrecí admitiéndolo a hacer cuanto estuviese de mi parte; salí a las once de la mañana acompañado del regidor alférez real don Isidro Huarte, y un capitán de dragones nombrado

---

<sup>4</sup> Este coronel iba para Valladolid a tomar el mando de las armas, y fue preso en las inmediaciones de Acambaro. Creo que si hubiera llegado, o no se entrega la ciudad o se libertan los regimientos.

Arancibia; llegamos al pueblo de Indaparapeo, como a las tres y media de la tarde en derecha a la casa donde estaba posado Aldama; salió éste a la puerta a recibirnos, y nos introdujo a una sala; entregamos las credenciales, e inmediatamente puso un correo al pueblo de Zinapécuaro donde estaban Hidalgo y Allende, que volvió como a las diez de la noche con la respuesta, que fue que al día siguiente nos veríamos. A poco rato de estar esa tarde en conversación, supliqué a Aldama que me permitiera ver a los señores Rul, García Conde, y Merino que llevaban presos; me concedió la gracia pero acompañado con Abasolo; fui en efecto a su prisión; los saludé, y me eche sobre los brazos de Rul, y enternecidos ambos continuamos abrasados largo rato; quiso hablarme en secreto, quise yo hacer lo mismo, pero no lo conseguimos porque Abasolo no se separaba. Concluida mi visita dije al señor Rul que me diese a su hijo que llevaba consigo para conducirlo a mi casa donde lo asistiría, más no quiso apartarse de él, ni el hijo tampoco. Me retiré y en conversación con Aldama le hice varias reflexiones sobre la persecución de los europeos, le dije estos hombres viven con nosotros, los más están radicados; tienen sus mujeres e hijos criollos ¿qué intentan ustedes hacer con ellos? su contestación fue: *Separarlos del reino y que se vayan* ¿dónde han de ir? replique yo entonces, mucha parte de la España está ocupada por los franceses, no tienen ya más patria que esta; *pues que busquen otra*, contestó, y concluyó con este razonamiento: *Esta usted muy preocupado por los gachupines, y crea usted señor Betancourt, que si mi padre viniera, a mi padre llevaría preso como a estos*. Mi corazón se traspasó de dolor al oír una proposición tan escandalosa y más cuando todas mis conexiones, y parentescos políticos son con europeos; sin hablar más palabra me retiré a la casa cural donde me esperaba el cura para alojarme y allí, ya en mi habitación, solté las riendas al sentimiento, convertidos mis ojos en dos ríos de lágrimas.

A la mañana siguiente que fue el dieciséis, me mandó un recado Aldama para que

me viese con él, fui y nada me dijo, sino que viera pagar su gente, sin duda con la idea de que yo me hiciese cargo de la multitud de indios que traía en su brigada, como con efecto a sólo estos repartió nueve mil pesos de dos días de paga; esa misma mañana se me presentó un clérigo don Rafael García y me dijo que la noche antes estando en la mesa con los generales, luego que se leyó la carta credencial tomó uno de los concurrentes la palabra, y dijo: Que Betancourt era un infiel a la nación americana, que había vestido tropas, exhortado, y animado la gente a la resistencia; que había puesto una proclama, y hecho unas banderas, o estandartes, que injuriaban a sus ejércitos, y además sabía de positivo que había ofrecido dos mil pesos por la cabeza de alguno de los generales, y que por tanto era preciso tomar una seria providencia; el clérigo me dijo: Que él había vuelto por mí cuanto pudo. Ya desde aquí comenzaron señor mis temores, que no me salieron vanos como después diré. A las diez de la mañana subió Aldama a caballo, diciéndome que iba a recibir a su general que llegaba; me retiré al curato, y como a las once oí repicar, y era con motivo de la entrada de Hidalgo; salí a la puerta, y ya estaba entrando en la iglesia; no le seguí, y sí, cuando ya venía salí a saludarlo a la puerta del cementerio. Creo según el aspecto que mostró, que le había desagradado el que yo no hubiese ido a acompañarlo a la iglesia, como lo hicieron los otros dos parlamentarios.

Entramos a la casa cural, y después de estar un rato sentados, comencé a meditar hacer a Hidalgo un razonamiento a solas, con el fin de examinar sus intenciones, y ver si podía persuadirlo a que se dejase de semejante revolución, y convencido por último, ofrecerle venir yo a México a implorar su perdón todo esto me ocurría y resuelto ya a poner en práctica mi proyecto, tomándolo de un brazo lo cité para entrarnos a una alcoba inmediata, mas, apenas hice esta demostración cuando me vi rodeado de espadas y trabucos, reconvine a aquellos guardias, y respondieron pero con demasiado ardor, que

debían cuidar de la persona; por último en esta altercación se convidaron a entrar el clérigo Balleza y otro que no conocí, saliendo ellos por fiadores míos; pero a pesar de esto los guardias no se separaron del exterior de la puerta, y por decentado ya no me fue posible hacer mis reflexiones a Hidalgo; me dijo uno de ellos que no extrañara la acción de aquella gente; que como se había ofrecido tantos miles por la cabeza de su general, y su vida les era tan interesante, no podían descuidarse un momento; a esto contesté que si yo iba con el designio de matarlo y de facto lo ejecutaba ¿quién traería la cabeza a México? porque yo sería allí asesinado al instante; entonces continuó diciéndome y como también hay un sujeto que además de lo que da el señor virrey, ha ofrecido dos mil pesos<sup>5</sup> (esto fue fijándome los dos la vista) era menester andar alerta; entonces sin acostarme me fue preciso paliar mi propuesta, y dije: Ese he sido yo; pero el que dio la denuncia interpretó mal mi proposición, lo que dije, y repito ahora fue que daría dos mil pesos y uno diario mientras viviera al que cortase de raíz la facción temeroso de los males que nos amenazaban. Se sonrieron y supongo que disimularon; siguieron después haciéndome cargos sobre los servicios a que me había prestado; de la proclama a la tropa del rey; de los estandartes y etcétera a todo respondí que yo había cumplido con mis deberes se irritaba Balleza, y entonces Hidalgo le dijo: *El señor ha cumplido con lo que debía*; y con lo que se concluyó la sesión. No ocurrió cosa notable hasta la tarde, y noche en que tuve pasajes que pudieron costarme la vida entre una gente desalmada, y los más sin principios; el primero fue con un clérigo nombrado Zamarripa, a quien vi con una chaqueta azul, vuelta encarnada, y lleno yo de celo por el estado, le dije así: *¿Padre por qué trae usted esa chaqueta?* y me respondió tocándose fuertemente el pecho con la mano: *Porque soy soldado y ando en la guerra*;

---

<sup>5</sup> Cuando leí la gaceta en que su excelencia ofrecía 10 mil ofrecí yo 2 mil, y uno diario mientras viviera. Esto lo dije en varias concurrencias convidando a que me tomasen la palabra.

entonces le repliqué *¿Y dice usted misa?* sí señor me respondió más airado, y *con licencia de mi general que es quien me manda, y yo no necesito de otra*; se iba este clérigo alterando más y más, y tuvo por conveniente retirarme. Esta alteración la oyó Allende, quien me hizo una reconvención muy severa y acre sobre el particular. Confieso que me llené de temor al ver aquel hombre enfurecido; y aunque le contesté no sé lo que le dije.

A poco después de la oración entramos a un cuarto a formalizar el parlamento; hablé yo pidiendo fueran respetados los templos, sacerdotes, monjas y colegio de niñas educandas, y se me concedió; siguió el regidor, a quien Hidalgo trataba de discípulo, pero le apretaba la mano por ser rico; no le oí más que entre lágrimas y sollozos quejarse de las pérdidas que su casa había sufrido en Celaya y otros lugares invadidos; el capitán nada hablo en favor de los militares, pues desde luego se unió con Allende, y hablando siempre en secreto. Viendo yo que nada se trataba del negocio de la ciudad, tomé la voz y pedí que no entrasen en ella las tropas de indios que serian como unos veinte mil; no condescendían, pero yo esforzaba mis razones, y decía que esa tropa solo iba a robar, y a apestar la ciudad que se entrega sin resistencia, no debía ser maltratada, ni saqueada, que cuando más se le imponía una contribución a medida de los caudales y etcétera; nada conseguí, y solo oí dicerios y malos tratamientos principalmente del clérigo Balleza a quien dije que la investidura que llevaba me ponía a cubierto de todo insulto, que a un parlamentario sino se le quería oí se le daba un salvo conducto para que se retirase, y que esto era conforme al derecho de gentes, que lo supiera si lo ignoraba. Sin embargo estando cenando insistí con mi pretensión (entonces algo me ayudó el regidor) pero fue otra vez desechado añadiendo ellos, que nosotros teníamos minas en algunos parajes de la ciudad, y que mi oposición a la entrada de los indios era por volar a los generales con la poca tropa que llevasen, a esto contesté que amaba mi vida como cualesquiera, que yo debía entrar con ellos, la de

consiguiente dando fuego a las minas, volaría también, cosa que se oponía directamente a la recta razón, me pareció que se iban convenciendo, porque tomando la palabra Allende me dijo: *¿y bien donde quiere usted que yo deje esta tropa?* A esto le hice un repartimiento de toda ella, por aquellas inmediaciones hasta el llano que llaman del Zapote fuera de la ciudad, y añadí que por los parajes donde yo los acomodaba había víveres, y que para los del llano el T. regidor los proporcionaría; se quedó un rato pensativo, y dijo al fin: No me conformo, han de entrar todos en Valladolid; aún instaba yo; pera se alteraba con lo que concluyó la pretensión. Me parece señor que no pude haber hecho más por el bien de aquella ciudad, y sus vecinos, pues me expuse a tantos peligros y aun con riesgo de mi vida; Testigo de esta verdad el cura de Indaparapeo, quien ha asegurado a muchos que no sabe cómo salí de allí vivo.

Recogieronse todos; y yo me retiré a un cuarto, pase la noche vestido hasta con mis hábitos puestos, meditando los trabajos, que aún podrían venir sobre mí; de hecho, a las cuatro de la mañana sentí un golpe espantoso a la puerta, que me hizo temblar, pregunté, y gritó desde fuera un soldado: *al canónigo que lo llama su excelencia* marché corriendo y al llegar a su cuarto me detuvo uno, diciéndome que aun no se vestía el general, entre tanto estaba la sala llena de tropa con espada en mano, y cuatro de ellos a la puerta de la alcoba con escopetas; ¡espectáculo horroroso que me tuvo largo rato en agitación! por fin me mandó entrar el infame, y me dijo: *Ponga usted un oficio al presidente del cabildo para mi recibimiento hoy entre once y doce, que ahí mi secretario lo escribirá;* me llevaron a un cuarto donde estaba el secretario, y puse el oficio; estaba ya amaneciendo, y saliendo a la sala buscaba quién condujese el pliego; se me presentó un lego de San Juan de Dios brindándose a ello; se lo entregué, y esto lo vio Hidalgo, que creo me valió para escapar la vida como diré después. A las seis y media de la mañana del diecisiete, salió este impío con

toda su comitiva en derechura para Valladolid; a poco rato salí yo en mi coche con el regidor; al llegar a la puerta del llano del Zapote tomaron aquellos sus caballos, y acercándose a mi coche dijo Hidalgo; que era menester entraremos montados con ellos, que mandásemos por los caballos, que los tomaríamos en la garita, vino el caballo del regidor, y subió en él incorporándose con la comitiva, pero el mío no pareció, y esta falta la atribuyó el malvado a desaire; seguí yo por distintas calles hasta la puerta de la catedral (providencia de Dios para que su santo templo no fuera profanado, pues dijeron después aquellos inicuos que si han encontrado cerradas las puertas, las hubieran echado abajo). Los mozos de la sacristía abrieron; unos cuantos capellanes de coro que había por allí los recibieron y medio cantaron el *Te Deum* con el órgano mal tocado; yo me quedé por un lado de la crujía observando y noté la inquietud con que estaba aquel monstruo; Salió hecho una víbora, y dijo al salir: *¡Qué infamia! ellos la pagarán; padre maestro de ceremonias avise usted al padre apuntador, que se dan por vacantes todas las prebendas de esta iglesia, menos la del señor Conde, señor Gómez Limón, y la del señor Betancourt porque fue al parlamento.* Se fue a su posada, y yo me retiré a la sacristía a quejarme amargamente de aquella tropelía; dos capellanes de coro se me arrimaron a consolarme, y me sacaron para llevarme a la casa de Hidalgo, a don de fui con el designio de ver si mis ruegos remediaban aquel daño; comencé a perorar, pero fui oído con desprecio, y que no hablara más sobre el particular. Por desgracia entraron dos prebendados los señores Silva y Corral a cumplimentarlo, lo mismo fue verlos que lleno de cólera, y echando espuma por la boca, los comenzó a maltratar; ellos se disculpaban; no eran oídos, y dando un grito aquella fiera al capitán de la guardia, le dijo: *Lleve usted a los señores a la cárcel de palacio; una guardia a la casa del doctoral y prenderlos a todos;* los concurrentes comenzaron a interceder, pero pegando otro grito dijo así aquel sacrilego: *No hay remedio se les hará la sumaria, y pagarán con su*

*cabeza el desaire que han hecho a la nación que vengo representando.* Se le suplicó por algunos que la prisión no fuese a la cárcel, y condescendió con que fuesen a sus casas, pero con guardia de vista. Allende decía: *No hay disculpa porque el desaire estaba premeditado.* Otro de ellos Camargo: *Canónigos engreídos;* otro: *Canónigos soberbios ahora la pagarán.* En fin, todo era dicterios, y malos tratamientos; a esta sazón llegó el clérigo Balleza que no se hallaba presente; en viendo al señor Corral que le decía padrino (creo por haberlo sido de misa nueva) le echó los brazos, y le preguntó la causa de su aflicción; Corral le informó de lo que pasaba, y le añadió que ellos nada hacían de comunidad, que no fuese por orden del presidente; que ésta no se les había dado para el recibimiento que debían hacer; entonces le preguntó que si no había llegado un oficio; respondió que no, y levantando el grito aquel malvado clérigo, comenzó a declamar contra mí; decía que era yo un infiel, un mal criollo, y que ya estaba conocido de antemano; que de intento no había remitido el oficio, y que yo tenía la culpa de que aquellos señores mis compañeros hubiesen tenido aquel mal rato, y bochorno, y que así yo debía sufrir la pena impuesta a los demás; algunos de ellos apoyaban con Balleza, dije yo entonces que el oficio lo remití con un lego que se me brindó a traerlo, replicaba y yo instaba que quien puso, o escribió el oficio fue el mismo secretario, a esto dijo Hidalgo: *Que era cierto;* bien dijo Balleza pero no se remitió; repuso Hidalgo que a él le constaba que yo lo di al lego; pero quien quita dijo entonces Balleza que ¿el señor le aconsejase al fraile que no lo entregara? Puede ser respondió aquel y así que se busque al lego; en este acto quedaron perdonados todos mis compañeros, y se mandó retirar la guardia que había ido ya a custodiar la casa del señor doctoral. Con instancia se buscaba al fraile; pero éste no pareció y yo quedé pendiente hasta su hallazgo; Dejo a la alta consideración de vuestra señoría las aflicciones de mi espíritu en este lance, entretanto continúo mi relación.

Me retiré a mi casa, y como a las cuatro y media de esta tarde me mandaron avisar mis compañeros, que los acompañase a la casa de Hidalgo, a convidarlo para la asistencia a una misa de gracias que se había dispuesto para el día siguiente; a ver si por este medio se aplacaban aquellas tierras; fui con ellos, se le hizo el convite, y se volvió a tocar la especie del oficio; estaba presente el señor conde de Sierra Gorda quien dijo que no había recibido tal oficio e Hidalgo insistió en que se buscase al lego para aclarar la verdad; nos despedimos y yo me fui a mi casa a meter en la cama porque ya no podía tenerme en pie; mi familia asustada me preguntaba la causa de mi aflicción, pero nada quise decirle de cuanto me pasaba; cerca de las seis de la tarde me llevó el padre apuntador un recado del señor presidente, encargándome la misa; yo le dije al padre que estaba bastante indispuerto, y muy ronco, a que me contestó que no había otro canónigo que la cantara, y que si lo hacia algún señor racionero o medio lo tomaría Hidalgo por nuevo desaire; me convine por último en cantarla a vista de la opresión en que nos tenía aquel impío, y considerando por otra parte que si yo no lo hacia no hubiera faltado quien hubiese dicho mi negativa, y que de aquí tomaría nuevo motivo para atormentarme más porque en efecto todos ellos desde el principio me tuvieron por sospechoso, y no perdonaban medio para proporcionar mi ruina. El dieciocho de octubre pasó Hidalgo un oficio al cabildo avisando que sus muchas atenciones, y el deseo que tenía de desembarazar la ciudad, no le permitían asistir a la misa, pero que iría su teniente general Allende, a quien se recibiese como a su persona con arreglo a una ley de la Recopilación de Indias que allí citó; fue con efecto Allende, y yo canté la misa. En ella eché la coleta, y nombré los tres personajes de Pío, Manuel, y Fernando, al evangelio se tocaron aquellos malvados los sombreros, y sacaron las espadas. ¡Qué horror! Ponerse en ademán de defender el santo evangelio, cuando al mismo tiempo lo estaban quebrantando, y profanando públicamente. Ínterin se cantaba observé que

Allende me miraba con ojos demasíadamente airados, acaso sería porque no le agradó la coleta; Canté la misa señor, es verdad pero ¿quién podrá penetrar el por qué, cómo y con qué fines ofrecí aquel tremendo e incruento sacrificio? Dios lo sabe ante cuya presencia adorable desplegué cuanto pude todos los sentimientos de mi corazón, y no dudo que mis deprecaciones aunque tibias, e hijas de una alma corrompida fueron aceptadas en el trono del altísimo, porque aunque nos hizo sufrir por sus altos juicios una cautividad espantosa, nos sacó de ella a los dos meses y diez días, castigo muy corto para tantas culpas de que abundaba aquella ciudad. Concluida la misa, y dado yo gracias salía para mi casa, y al pasar el umbral de la puerta de la iglesia, recibí un nuevo susto y un nuevo insulto del malvado Hidalgo; se me presentó una gran guardia como de veinte hombres, un capitán, sargento, y cabo, todos mandados por Abasolo, se me encaró este y me dijo: *En busca de usted vengo;* no di en lo exterior muestras de mi sorpresa, le respondí, *aquí estoy; lea usted ese oficio,* lo tomé y era de Hidalgo tan altanero como violento, en que me decía que acompañase a Abasolo a las monjas y colegios de educandas para descubrir los bienes de europeos (y cuyo oficio se podrá ver aquí) entonces le supliqué a Abasolo que me dejase ir a mi casa a tomar chocolate, condescendió, y me llevó con la guardia, lo tomé y al instante salimos; me condujo con el mismo aparato de guardia hasta el Colegio da Santa Rosa en donde nada declaró la rectora, y sólo había un baúl por el que preguntó Abasolo, quien llevaba una nota de lo que contenía, y al día siguiente se lo llevó; seguimos del mismo modo ya dicho a las beatas carmelitas, allí declaró la rectora dos baúles propios de una señora Solórzano esposa de un tal Cosío, se mandaron abrir, y se hizo un inventario de lo que había en ellos; lo más era ropa de mujer, por lo que dije a Abasolo que aquello no debía llevárselo, a que me contestó quedasen allí los baúles y daría parte. Al siguiente día como a las siete de la noche se los llevó según supe después. Nos despedimos ya como a la una larga; me citaba

Abasolo para ir esa misma tarde a las monjas catalinas, a que le contesté que allí no se podía entrar sin licencia del ordinario, porque no se podía quebrantar aquella clausura, sin incurrir en excomuni3n; dijo que se entendería si no fuese mandado por su general a lo que le respondí: Que yo no iría hasta tener expresa licencia del se3or gobernador de la mitra; pues bien dijo entonces, *pídala usted esta tarde, y ma3ana iremos* mandé un recado con el pertiguero al se3or gobernador, y éste pasó orden a las monjas para que nos recibieran. Al siguiente día diecinueve como a las diez y media vino Abasolo con su misma guardia y me condujo a las monjas; ya me esperaba la priora, quien se consoló con mi vista, según dijo en secreto, pues temían que aquellos inicuos atropellasen su clausura; nos encaminamos a una sala que llaman del aposentillo; allí congregada la priora y su definitorio, declararon no tener en su convento otra cosa que dos baúles, y una petaca propios de un tal Carrío; quise yo que se abrieran, pero no había llaves, insté porque se descerrajaran con la mira de que siendo ropa de se3oras se quedasen, pero Abasolo cargó con ellos, y con la petaca; y aquí concluyó mi violenta y dolorosa comisi3n; nos encaminamos a la casa de Hidalgo, a quien saludé, y dije que había cumplido con su orden, que me pasó en oficio del día anterior, entonces me dijo así: *Tres días hace que estoy aquí, y usted no ha querido honrar mi mesa,* le contesté que no podía comer tarde, por cuanto la asistencia al coro no me daba lugar, a esto respondió, que ya por aquel día no iría al coro, respecto a que eran las dos de la tarde; me quedé y entonces me contó que los gachupines antes de su fuga habían dejado envenenados los licores y comestibles de sus tiendas que en aquella ma3ana habían muerto muchos de sus soldados del veneno; no lo creí, aunque callé, el caso fue que el día antes había indultado Hidalgo a algunos en sus personas y bienes, pero no pudiendo sus satélites llevar en paciencia esta libertad, porque perdían el saqueo a que se tiraban con ardor, le hicieron creer el tal veneno, comprobándolo con algunos que habían muerto esa ma3ana,

así fue en efecto, pero estas muertes que no bajaron de diez fue como después declaró un médico efecto de la agitación de aquellos malvados en el saqueo de una pulpería en donde bebieron tanto que sin duda los ahogó el aguardiente, sin embargo los europeos libres fueron presos nuevamente, y sus casas saqueadas y destruidas; fuimos a la mesa, me senté junto a Allende, quien después del cocido llevó un vaso de vino, y me dijo: *Este licor estará bueno él es de estas tiendas; beba usted*. Yo lo brindaba a que lo hiciera primero; pero no admitió y me instó a que yo lo hiciese, y después él, no tuve inconveniente, porque además de que no creí él tal veneno, había observado que dos vecinos de allí pusieron los frascos del vino y eran muy amigos de Allende; tomé medio cortadillo y después tomó lo restante; yo creo que esto fue una tentativa para si me resistía a beber vino, y de aquí formar alguna inferencia. Se concluyó la mesa, y yo me retiré a mi casa, siempre asustado, siempre lleno de temor y siempre esperando la muerte por momentos.

El día 20 como a las diez de la mañana comenzaron a salir de la ciudad las tropas de indios, de modo que a las once apenas quedaban algunos pocos, antes se había marchado Hidalgo con los dragones y otra porción de tropa; enseguida el regimiento de Valladolid, y como a las tres Allende con más tropa; y solo quedó Aldama que salió como a las seis de la tarde con todos los caudales robados a la clavería en donde se hallaban también depositados los del rey; con todo cargaron aquellos ladrones dejando la ciudad en la mayor consternación, y casi desierta pues fue mucha la gente que marchó con ellos aunque después fueron volviendo algunos. Quedamos desde entonces con el gobierno de Anzorena, quien se titulaba intendente brigadier y comandante de armas; fijó éste un bando que llamaba de buen gobierno, no supe su contenido, y sólo me dijeron que en él mandaba cesar el saqueo hizo juntar todas las puertas y ventanas mostradores y armazones de las tiendas de casas destruidas, en medio de la plaza, donde se les pegó fuego, cuyas llamas se

levantaban sobre la altura de las casas que parecía aquello un infierno; Cesaron los saqueos públicos, es verdad, pero quedaron dentro de la ciudad, unos cuantos que fueron robando parcialmente las casas del señor obispo, y otras de eclesiásticos ausentes; el que robó la del señor obispo, que fue un tal González fue el mismo que dije antes hizo la acusación contra mí en el pueblo de Zinapécuaro, y a quien yo tuve siempre por un espía secreto de mis acciones, y éste se marchó a los cinco o seis días después de la ida del ejército grande de insurgentes; se me pasaba decir que el día que se fue Hidalgo, vimos salir escoltados de mucha tropa infinidad de mulas cargadas con fardos, envoltorios, baúles, cajones con plata labrada y hasta hombres que por delante llevaban tercios que acaso no pudieron vender allí; Salimos de aquellos tres días de horror y espanto en que todo fue confusión, y desorden, y que no puedo explicar bastante; Yo vi desde mi casa robar las de Olarte, Castañón, Arana, y otras y si se trataba de impedirlo, como que se formaba tumulto yo quise ver si podía impedir el robo de una tienda en los bajos de un compañero que no estaba lejos de mi casa; salí con ese intento, pero ya se había formado tumulto; porque una guardia fue a impedirlo, las piedras llovían sobre mí y dos pobres cubriéndome con sus mantas me metieron por otra puerta a la misma casa hasta tomar la escalera; robaron la tienda; y unos géneros que tenía arriba este compañero, tuvo que echarlos al patio porque querían forzar las puertas de la escalera; Este tumulto no pudo sosegarlo, ni el mismo Allende que salió a caballo y Aldama también, hasta que un cañonazo los sosegó. Hablaré también del saqueo de una casa contigua a la mía; y aunque he dicho en otro papel que fue el 18 de octubre no fue sino el 19 porque fue la víspera de la ida de Hidalgo, y esto se verificó el veinte. Esta casa fue saqueada sin estrépito por primera vez; sacaron de allí lo más precioso según supe, y lo llevaron a los ladrones principales volviendo a cerrar las puertas; El dicho día diecinueve vuelto yo a mi casa, sin salirme aún el susto de las piedras ya a boca de la oración sentí un

ruido de golpes espantosos por la azotea de mi casa, subí corriendo, y hallé que rompían a machetazos la puerta de la azotea de la expresada casa contigua a la mía<sup>6</sup> eran el torero Luna, y otros que me dijeron les habían dado para ellos lo que había quedado en la casa; casi de rodillas, y con las manos en ademán de ruego, les suplicaba que no formasen aquel ruido, que se retirasen, pero a todo respondían que no tuviese cuidado; bajé corriendo en busca de un capitán de ellos, que estaba abajo con una guardia custodiando la tienda de mi casa, y la cochera, donde yo tenía dos coches del señor Barcenas que libérté, pero este tal capitán se hizo a una con los ladrones, y entre todos hicieron el robo. Ya había entrado bien la noche, y se empeñaron en sacar su presa por mi casa; me opuse con vigor, pero porfieron me resistí, y entonces me vi atropellado en términos que toda mi familia se llenó de confusión hasta caer desmayada con un accidente una señora esposa de un europeo que yo tenía recogida en mi casa con su familia; me dijeron aquellos malvados que era preciso salir por allí, porque estaban amenazados con pena de la vida, si al toque de la generala no estaban en sus respectivos destinos; yo me encerré y a poco efectivamente tocaron la generala; corrieron aquellos con la mayor precipitación, salí y ya no había nadie, sólo el capitán cargado con una poca de loza de China, que sin duda porque no la podía llevar me regaló; diciéndome estas expresiones, *hay le regalo padre esa poca de loza por el susto que le he dado y encomiéndeme a Dios*; Yo le dije: *Vaya usted que el señor le dará el premio que merece*. Mandé cerrar mi puerta y al día siguiente temprano subí a la azotea a ver aquel destrozo, y allí se encontraron varias cosas, que todo con la losa lo mandé guardar a la ama para que no se tocase hasta entregar a su dueño como se ha verificado. Por último esta casa fue destruida. El día 20 por la mañana oí desde la mía el ruido que estaban haciendo para

---

<sup>6</sup> Del saqueo de esta casa y cosas que recogí, di cuenta al señor Cruz en papel que e presenté e 30 de diciembre.

arrancar puertas, y ventanas. Salí a uno de mis balcones, y vi que ya empezaban a tumbar el barandal del de junto, a la sazón pasaba por allí a caballo un tal Camarena capitán, le grité y le supliqué contuviese aquella gente, así lo hizo, y puso cuatro hombres con trabucos apuntando al balcón, de que resultó que no lo arrancaron, se fuera la gente y vaciaran la casa; a estos cuatro soldados di yo cuatro pesos de gratificación, algunas otras cosas recogí de otros individuos ya con ardides, ya con algún corto sacrificio de reales, con el objeto de darlo a sus dueños como ha sucedido pero yo creo que estos buenos servicios, lejos de ameritarme, me han perjudicado, pues algunos me tratan de ladrón. Yo les perdono la injuria y dejo a Dios que opere según sus altos juicios.

Dos meses seis días duró el gobierno de Anzorena de los cuales iré hablando por partes; como las casas destruidas, habían quedado sin puertas, temeroso yo de la ocasión que estas presentaban a los malvados para sus vicios, fui a ver a Anzorena, y fue la primera visita que le hice, le hablé en el particular, y me ofreció cumplir mi encargo, de hecho mandó tapear todos las puertas; la segunda con dos objetos, el uno a suplicarle la libertad del ayudante Parrilla que lo tenía en la cárcel que lo mandara a su casa donde se estaría escondido, o cuando esto no fuese a un convento, no lo pude conseguir. El otro fue decirle que las calles estaban demasíadamente inmundas que no se podía andar por ellas a causa de los excrementos de los indios, que nos amenazaba una peste si no se tomaba una providencia de limpiarlas cuanto antes, y me dijo que la tomaría a la mayor brevedad. La tercera fue a pedirle una orden (ésta me costó tres viajes) para que los arrendatarios de unos cuartos de la casa de Correa adictos a capitales del Colegio de Santa Rosa, pagasen sus rentas, pues no querían hacerlo, diciendo que ya no se pagaba a nadie. Conseguí la orden, y logré por este medio hacerme de alguna ayuda para mantener aquel colegio, que se hallaba sin mayordomo por haberse fugado, sin dinero porque los insurgentes se robaron tres mil

pesos que el mayordomo remitió para socorro de éstas, y monjas; y sin poder cobrar un medio de réditos por estar todo entorpecido; y yo no pudiendo mirar con indiferencia la situación triste de aquellas mis colegialas, me hice cargo de mantenerlas, valiéndome de todos arbitrios que me sugirió la prudencia, como de facto lo verifiqué por el espacio de tres meses y medio supliendo bastante cantidad de mi propio dinero. Nada más me ocurrió en aquellos días hasta la gloriosa, y memorable batalla de Aculco, en donde fueron derrotados y dispersos los insurgentes y segunda entrada de Hidalgo en Valladolid.

No tengo presente la fecha del día en que llegó allí la noticia de la batalla de Aculco, lo que sé es que fue de noche, que como a las siete y media estando yo en una visita oí tocar la generala, en seguida la campana mayor de la catedral, como de agonía de canónigo, salí corriendo, y pregunté al paso a los criados de un compañero que estaba enfermo, y me dijeron que su amo no tenía mayor novedad, llegué a mi casa, y mandé cerrar las puertas, toda la ciudad estaba alborotada, y pasamos la noche en un continuo sobresalto. A la mañana siguiente observé dentro del lugar infinidad de indios, y otros que no lo eran, todos armados, a pie, y a caballo, y al irme a la catedral pregunté que ¿qué campanadas habían sido aquellas? y me dijeron que era una seña que Anzorena tenía dada a los indios y demás gentes para que se juntaran luego que la oyeran, a los dos días se retiraron los indios, y nos quedamos en el mismo silencio, a unos cuantos, no tengo presente la fecha, pero era bien entrado el mes de noviembre, fue sábado, saliendo de mi casa como a las ocho de la mañana, me encontré con el sargento mayor don Manuel Gallegos nos paramos a conversación, y le dije así: *Paisano las tropas del rey vienen precisamente ahora con la derrota de Aculco; estoy ya que los días se me hacen siglos y yo me voy a recibirlos al camino;* entonces me dijo: *Yo también voy con usted nos pondremos de acuerdo, y nos iremos;* me fui al coro, y allí oí decir que aquella madrugada como a las tres había entrado

Hidalgo, dije yo entonces *¡Qué ocasión ésta para coger este pícaro, si aquí hubiera hombres!* Se acabó el coro, volví a mi casa y a corto rato salí con destino de ver una señora cuyo marido había muerto esa noche, al paso por frente la puerta de la haceduría me encontré con los señores conde de Sierra Gorda, Silva, Corral y otro que no tengo presente, y me dijeron: *Allí está Hidalgo; vaya usted que ya nosotros lo hemos visto no suceda lo que la vez pasada;* fui lo saludé, ya no hablé más palabra con él, porque al instante lo llamaron unos y se lo llevaron a un testero de la sala, donde estuvieron secreteando estaría yo menos de un cuarto de hora y me despedí; había en la casa desde la puerta del zaguán como unos doce hombres armados con escopetas, y, trabucos hasta la puerta de la sala y unos ocho en el patio también armados, pero sentados unos, y otros echados; al salir yo encontré en el portal una guardia como de sesenta hombres todos con fornituras y fusiles con bayonetas, tambor y un capitán que decía al centinela de la puerta: *A nadie se deje entrar aquí sin avisarme y al que porfiare pasarlo con la bayoneta;* me fui a mis ocupaciones y ya como al medio día empezaron a entrar cuadrillas de gente a caballo; por la tarde mucha más, y así sucesivamente; de modo que a los dos días, ya no se entendía aquello de gente, y pueblos de indias con sus banderas y tambores.<sup>7</sup> Al día siguiente que fue domingo, ya se había mudado al palacio episcopal; Estuvimos a verlo los capitulares presididos del señor conde; nos pidió dinero; se le dijo que no había; yo instauré diciendo que aun para las mesadas del señor Gómez Limón que le había llevado tres días antes, había costado trabajo juntar los un mil cien pesos de ellas; no me miró con buena cara; instó diciendo que en calidad de préstamo, a esto repuse que ni aun así porque no lo había; los demás señores dijeron lo mismo, y nos despedimos, después supe que se le habían dado seis mil pesos, pero no sé

---

<sup>7</sup> Supe que Anzorena desde la hora que entró Hidalgo despachó postas a toda la comarca pidiendo auxilio a la mayor brevedad y que toda fuese gente armada y llamó también los pueblos de indios.

quién ni cuándo, porque yo caí enfermo al día siguiente por la noche. En el mismo por la mañana como a las once estuve a verlo con intención de pedirle el seguro de la persona de don Simón Gochicoa que se hallaba en el pueblo de Ario, pero no me dio lugar porque al entrar yo por la puerta del salón me puso una cara muy desagradable, llegué cerca de él, y le dije que no iba más que a saludarlo siguió con su misma cara indigesta y ni aún me contestó, con lo que me salí; ya se deja entender como saldría yo de allí, y con tantos antecedentes en mi contra. Esa noche lunes como a las nueve llegó a mi casa un clérigo honrado y virtuoso, me llamó aparte y me dijo, con los ojos llenos de lágrimas ya oiría usted señor que ayer se sacaron de la cárcel como cuarenta y tres presos para la fábrica, díjele es verdad, pues a éstos en la madrugada de hoy los llevaron a una barranca y los han degollado, y yo ya turbado le dije que no se podía creer semejante atentado, a esto me contestó que él lo había oído decir por contingencia al mismo padre Soria que los fue auxiliando, y a más que tenían pena de la vida los que lo declararan, me añadió que me había ido a dar aquel mal rato porque conocía que yo había de hacer algunos sufragios por aquellas almas, como él lo haría también; se fue este sacerdote, y me dejó el corazón traspasado. No me dio mal rato sino malos días, pues esa misma noche caí enfermo con unos movimientos convulsivos, que a las seis de la mañana fue necesario el médico, y mandé preparar a mi confesor; tal fue la sensación que hizo en mi aquella crueldad inaudita, y cuya enfermedad se me ha radicado casi en todos los movimientos de la luna, cuatro días estuve en cama, y aún permanecía allí Hidalgo; El jueves por la tarde oí un gran repique y me dijeron que era por la toma de Guadalajara, el viernes hubo misa de gracias en la catedral, a que asistió Hidalgo, según me dijeron porque yo no salí a la calle hasta la noche a lo que diré.

Ya dije antes, que el lunes fui a ver aquel monstruo con el objeto de pedirle el

seguro del europeo don Simón de Gochicoa, y lo que me pasó, ese mismo día viernes un cuñado de dicho Gochicoa, le había sacado un indulto muy amplio que el mismo me entregó con este motivo, y desconfiando yo de los indultos de aquel tirano porque algunos daba hoy y quitaba mañana, por la noche bien abrigado fui a verlo, llevando conmigo tres hijos tiernos de Gochicoa dos varones y una hembra, se los presenté para que le dieran las gracias por la libertad de su padre, suplicándole yo de nuevo que se doliera de aquellas tiernas criaturas, a que me contestó que no tuviera cuidado, que nadie se metería con él, entonces hablándome al paño me dijo así: Cuando entré en Valladolid la primera vez no quiso usted acompañarme a caballo en mi entrada, y me desairó, díjele entonces que no me habían llevado el caballo, respondió, pues bien mañana me voy y quiero que usted salga a dejarme por ahí cerca, representele mi enfermedad, y me dijo que eran pretextos por no acompañarlo, ya me fue preciso condescender porque añadió que yo estaba empeñado en desairar su persona, y que ignoraba el por qué. Salí, dejé los niños en casa y pasé a reconciliarme; a la mañana siguiente sábado como a las ocho subí a caballo y marché a su casa, no perdí tiempo a pesar de mi susto para suplicarle por la libertad de un don Fernando Jiménez europeo, que habiéndolo dejado libre en su primera entrada, en la segunda lo mandó prender, le porfié bastante, pero no me quiso hacer la gracia (a la familia de este Jiménez estuve yo dando un real diario para pan durante su prisión). Salimos como a las diez de la mañana, y como la intención de aquel malvado era bajarme y oprimirme, ni aun su lado me dio, él subió a caballo; y acomodó a sus dos lados sus brigadieres, coroneles y etcétera, y yo don de pudiera, así fuimos hasta la salida de la calzada que llaman de Chicacuaro, donde creí que hubiese destacado dos asesinos, para que me sepultasen en la misma barranca don de fueron los degollados, pues allí iba uno que llaman Muñiz, y fue el ejecutor de las muertes; no fue así, sino que volviéndose a mí me dijo ya puede usted

retirarse, me vine y ya había caminado como dos cuabras cuando vi venir tras mí a gran galope un hombre que a poco conocí que era Muñiz, nuevo susto y nueva aflicción, por fin me saludó pasándose de largo; llegué a mi casa todo despavorido dando gracias a Dios de que por entonces había escapado mi vida.

Se fue aquel infame, y quedamos de nuevo lidiando con el buen Anzorena; Este tenía sus espías para que observasen el que hablara mal de Hidalgo y a favor de las tropas del rey; el que caía era preso al instante sin remedio, no se podía hablar con libertad, y era preciso mucha confianza del sujeto con quien se hablaba; yo en mi casa y entre mi familia declamaba contra aquella opresión, y decía muchas veces a mis gentes, que Hidalgo jamás saldría con su intento, y sacaba el ejemplar de la provincia de Quito, que después de haberse derramado mucha sangre, al cabo los facciosos rindieron las armas; no me podía contener, y en la mesa hacía estas conversaciones con ardor; No dejó de costarme un mal rato mi precipitación, pues un cochero que despedí dijo a los otros criados, que ya yo lo había despedido, él se iría a servir a señor Hidalgo, y le contaría todo cuanto yo hablaba en la mesa contra él, me lo avisaron los criados y yo tuve precisión de buscar al cochero, y sin darme por entendido lo contenté, y lo hice volver a mi servicio<sup>8</sup> repetí mis visitas a Anzorena, siempre dirigidas a suplicar, y rogar por algunos presos, o para que se volviesen sus baúles de ropa a algunas señoras, mujeres de europeos. Éste era mi ejercicio continuo dirigido al bien de mis semejantes; Un día me mandó un recado para que me viera con él por cuanto no podía pasar a mi casa; fui, y me dijo que echara fuera del colegio a la rectora y a una doña Manuela Marín, porque sabía de positivo que hablaban mal de Hidalgo, y hacían novenas a San Félix por el buen éxito de Calleja con otra porción de desatinos, a esto le contesté que no creyera nada de eso, que yo las tenía amonestadas para que nada

hablasen, que en el coro pidiesen a Dios que nos diese lo que más nos conviniera, a esto me dijo: Usted me las hecha de allí, porque si no quién sabe lo que sucederá; le dije que se sosegara, que a otro día nos veríamos, de facto a otro día volví y le dije que no tuviera cuidado que ya las había amonestado, no me valió, me repitió lo mismo diciéndome usted me las echa, usted me las hecha, ya entonces tomando yo un tono algo severo, le dije: Estas señoras son becas de merced de número, lo que usted quiere que se haga con ellas es un castigo demasiado grande, en el colegio tienen casa, que comer y vestir, y echándolas todo lo pierden. Si usted insiste en ello, yo lo haré pero ha de ser por orden expresa del señor gobernador de la mitra que ahora es el patrono; pásele usted un oficio, él me pasará la orden, y entonces todos quedaremos cubiertos; me contestó que lo pasaría, y me despedí; no lo volví a ver en muchos días; en uno me vio y me dijo así: *No he pasado el oficio a Escandón; deje usted a esas colegialas amonéstelas usted porque si otra cosa sucede, he de hacer un ejemplar*, le contesté que estaba bien y nos despedimos. Había ya llegado Hidalgo a Guadalajara, y desde allí comenzó a remitir a Valladolid algunos impresos de los cuales sólo vi uno que se reducía a su entrada en aquella capital y nada más, y el que me dio bastante motivo de risa; una noche a la oración entrando yo en mi casa me entregó un macero una carta que era para la rectora del Colegio de Santa Rosa la recibí, y, al día siguiente la lleve al colegio y la di a aquella, dijome que la abriera, lo hizo y era un oficio de Anzorena en que le incluía un manifiesto de Hidalgo, se reducía a vindicarse con los americanos de los delitos que el Santo Tribunal le imputaba.<sup>9</sup> En él ponía varios argumentos a su favor; díjele a la rectora que no hiciera caso de semejantes desatinos, y que no se leyera; yo mismo puse el borrador de la contestación a Anzorena, que fue acusándole

---

<sup>8</sup> A tal extremo de degradación me vi reducido en aquellos días de aflicciones.

el recibo, y que se haría lo que se mandaba; pasaron unos cuantos días, y Anzorena me hizo una reconvención muy severa, porque no se había leído el papel en el colegio, como se había hecho en otras partes, díjele que ya se había mandado leer, y entonces me dijo que se lo certificara la Secretaría;<sup>10</sup> me fui al colegio, le dije a la rectora lo que me pasaba, y me temía un atentado con aquel hombre fatuo; me contestó que ya se había leído, porque a ella también la mandó reconvénir; yo le repetí de nuevo que no hicieran caso de semejantes desatinos, y ya no volví a ver más semejante papel. Creo que la rectora lo quemó, o lo rompió porque así se lo previne. No vi más a Anzorena hasta el día; ya todo lo dicho fue a mediado de diciembre, y cuando se nos acercaba nuestra suspirada redención.

El día veinticinco de diciembre por la mañana a la hora de misa mayor supimos: que el ejército del rey al mando del señor Cruz estaba en Acámbaro, y que sus avanzadas llegaban a Zinapécuaro; esa misma mañana algunos clérigos hablaron con el señor gobernador de la mitra, para depositar el Divinismo en la cárcel y contener por este medio la furia del pueblo contra los europeos allí encerrados, nada se resolvió en el día, pero esa noche hubo su junta en la casa de Anzorena, con el fin de extraer los presos de la cárcel, y depositarlos en los conventos, aunque aquel se resistía por último se huyo de convencer, se comisionaron porción de clérigos para la traslación, se verificó ésta con la mayor serenidad sin que nadie del pueblo se moviese, esa noche rondó la ciudad el clero y no huyo novedad; El día veintiséis<sup>11</sup> estando en la función de la Natividad a la hora del sermón observé que el sochantre habló con el señor presidente, salió éste, después salí yo, y hallé que frente a catedral había una infinidad de pueblo alborotado, cuyo cabecilla era un inglés americano,

---

<sup>9</sup> Este papel lo tuve yo por ficción de Hidalgo por ver si así inflamaba a los americanos. Después en la entrada del señor Cruz se leyó el edicto de la Santa Inquisición en que hacía ver los errores de aquel malvado.

<sup>10</sup> Esta certificación no la di y aun la Secretaría me dijo que el papel se leyó entre dientes, y que no había en la sala de labor arriba de 10 colegialas.

con un tal Anaya, y otros de Huichapan, que soltaron la voz de que las tropas del rey entraban degollando de doce años para arriba, que así era conveniente matar a los gachupines que estaban en los conventos, y después morir matando, esto alborotó al pueblo en tales términos, que apenas había uno que no anduviera armado por las calles, yo tuve una alteración grande con un mocito en el atrio de la catedral, delante del prior de San Agustín porque lo mandaba retirar a su casa, de allí me fui a la mía porque el murmullo se iba acrecentando desde mi balcón hice retirar a uno, habiéndome arrojado la lengüeta que llevara; pasó por allí el Divinismo, y a poco salí yo para el Colegio de Santa Rosa; en el camino retiré dos que iban a caballo con lanzas, entré en el colegio, y la señor doña María Ana Manzo me dio el indulto impreso que había recibido de aquí; salí de allí y en la misma Plazuela de las Rosas me halle con un tumulto de más de cuatrocientas personas, entre hombres y mujeres; me metí entre ellos, comencé a predicarles, y gritaron que los querían degollar, y para concluir les dije que la benignidad del excelentísimo señor virrey indultaba a todos, y que para prueba de ello oyeran el indulto, estaba junto a mí un clérigo indio llamado Flores, a quien después de haber mostrado en alto el impreso le dije que lo leyera; lo leyó en efecto en voz bastante levantada de modo que todos lo oyeran, y acaso, y sin acaso ésta fue la última mano que se dio aquel día al tumulto, pues de allí se separaron muchos diciendo: *Vamos a avisar a la familia*, y otros que fueron bastantes me acompañaron hasta mi casa, en cuya puerta parado les hizo otra exhortación, todos me besaron las manos, y se marcharon muy contentos; eran ya cerca de las dos de la tarde, ésta y la noche la pasamos en quietud, y los clérigos siguieron sus rondas y custodias de los conventos. El veintisiete por la tarde supe que las avanzadas del ejército del rey estaban en

---

<sup>11</sup> Esta madrugada se marchó Anzorena con mucha gente según supe.

el Zapote; no pude contener la alegría de mi corazón; me fui al campo en compañía del señor conde de Sierra Gorda, y el señor lectoral, saludamos a aquellos señores, y el comandante que era un tal Negrete me dio razón de mi familia de Veracruz, con lo que se me duplicó el gusto, pues había tres meses que no sabía de ella; me dijo Negrete que la tropa sólo había almorzado bien aquel día; nos despedimos, vine a mi casa, y le mandé una docena de quesos muy grandes, un saco también grande de pan; mucha leña y ocote, con un par de botellas para el comandante. El veintiocho como a las diez entró todo el ejército que salimos a recibir en coches; trajimos al señor Cruz a la catedral; yo me puse la capa, y entoné el *Te Deum*, y dije las oraciones de estilo; alojé en mi casa a un capitán de dragones, y a éste dije que llevara a comer todos los días algunos compañeros, como así sucedió con bastante complacencia mía, por lo que me causaba verme entre tropa del rey, y ya libre de la pesada opresión.

Estos son señor los pasajes ocurridos en Valladolid, estos los cortos servicios que hice al rey y a la patria, y estos los cuidados en que viví por el espacio de dos meses y diez días. No soy reo de alta traición, ni de delitos enormes, porque he sido fiel al rey y cumplido religiosamente el juramento que he prestado a su majestad, y al gobierno que legítimamente lo representa<sup>12</sup> para prueba de ello diré bajo juramento que en la revolución actual no he tenido parte directa ni indirecta, ni menos he sugerido especies a favor de semejante facción, y que no he dado ayuda, socorro ni consejo, sino que antes por el contrario he sido un declamador perpetuo contra ella, cuando pude públicamente, y por escrito, y cuando no en secreto. Si algunas acciones se me notaron que serían muy raras,

---

<sup>12</sup> A principio de enero de este presente año hice nuevo juramento de fidelidad al rey reconociéndolo en el agosto Congreso de Cortes, cuya solemnidad fue en la Santa Iglesia Catedral sobre los santos evangelios y presenció este acto el señor Cruz con mucha de su oficialidad.

todas ellas eran una pura exterioridad, y acaso dirigidas a un buen fin, o llevado de la violencia, y temor de la muerte, era preciso disimular, e ir sobrellevando las cosas hasta mejorar de suerte. Vuestra señoría se hará cargo de lo que es una revolución, y conocerá los males que trae consigo, ella hace tener por sospechosos a los hombres de bien, dígalos sino la España ¿cuántos de estos gimen bajo el yugo del opresor, y aun obligados a otorgar un juramento con violencia? ¿Cuántos con la misma fueron arrastrados a Bayona a votar y firmar la ruina de su patria porque no pudieron resistir a la fuerza armada del tirano Murat? Era necesario todo el heroísmo de un obispo de Orense, y de estos hubo pocos, sin embargo no todos los que concurrieron han sido proscriptos por la nación; ella hace caer en su red a los menos cautos y poco prevenidos, pintándoles la felicidad con los colores más vivos, ella valiéndose del terrorismo impone cuando menos, silencio a los avisados, para que ni aun muevan sus labios; la revolución por ultimo da ocasión para las venganzas de resentimientos antiguos, presenta también la ocasión favorable para que algunos corazones corrompidos derramen el veneno que tenían tiempo antes preparado para matar a un enemigo con oportunidad. Soy hombre de bien, y se me ha tenido por sospechoso, no habiendo hecho otra cosa que gemir bajo el yugo del opresor; no he prestado juramento, ni he concurrido a la ruina de la patria por manera alguna, jamás llegué a lisonjearme de que sería feliz con la revolución, bastante lo era sin ella, y lograba un destino honroso bajo la tutela de mi rey y señor natural, sin ella gozaba de la paz, de la tranquilidad, y sociedad honesta, y con ella preveía los males que ahora sufrimos, el terrorismo me impuso silencio para no desplegar abiertamente todos los sentimientos de mi alma, porque no tuve ni el valor ni el heroísmo del ya citado obispo de Orense; pero en secreto como he dicho arriba no dejaba de trabajar por separar a algunos de aquel partido injusto. En fin señor, yo no se si algún enemigo oculto derramó ya aquel veneno que tenía preparado para darme la muerte

con oportunidad, dije que no sé porque a la verdad jamás he llegado a pensar que yo pudiese tener otros enemigos que los del alma, porque siempre he procurado guardar la mejor armonía, vivir en paz con el rico y con el pobre con el grande y el pequeño, no hacer mal a nadie, y sí cuanto bien he podido. Este ha sido mi carácter en toda la carrera de mi vida, no obstante, yo me veo acusado y acusado de graves delitos al parecer, no diré que el que puso las acusaciones lo hiciese por enemistad, odio, ni rencor, acaso lo haría por un nimio escrúpulo, creyendo que no cumplía con sus deberes, sino avisaba de esta, o aquella acción que me vio, y careciendo de la ciencia de mundo, no pudo, ni supo examinar el objeto de mis acciones, las calificó como malas, y así las produjo, pero ellas señor las pocas que fueron, fueron siempre o por violencia, o por sacar el mejor partido en bien de mis semejantes. Esta es la verdad, y no más. Si yo hubiera sabido que con perder mi vida se remediaban los males, desde luego arrojando los peligros, la hubiera sacrificado gustoso para libertar la patria, pero si esto no había de suceder ¿qué aventajaba yo con su pérdida? Dejar esta memoria en el mundo; pero dejar también en el una crecida familia entregada sólo en manos de la providencia. La vida es muy amable, la memoria de la muerte muy amarga, y si Jesucristo nuestro bien en cuanto hombre la temió, y sudó sangre no obstante que sabía que en ella había de redimir al género humano, y pedía a su eterno padre en medio de la tristeza de su alma que pasase de si era posible aquel cáliz de amargura, conformándose sin embargo con su santísima voluntad ¿cuál sería la aflicción de un hombre pecador y miserable como yo?

Concluiré señor con hacer no una apología, sino una pintura breve de mi vida, y dar a vuestra señoría una idea del amor, y fidelidad con que siempre he dado pruebas de vasallo adicto a mi rey por los cortos servicios que le ha hecho antes de ahora; nací, me crié y eduqué en la ciudad de Veracruz, ciudad la más leal del reino, y cuyos hijos en todo tiempo

han dado de ello pruebas nada equívocas, mi padre que fue militar me inspiró siempre el amor a Dios y al rey y esta máxima impresa en mí desde la tierna edad he seguido constantemente hasta el día; me llamó el Señor al estado eclesiástico, y ya de sacerdote, serví de capellán seis meses en el Regimiento de Granada dejando todos los sueldos a beneficio de la Real Hacienda, ejercí el ministerio de la cura de almas y juez eclesiástico ocho años en la antigua Veracruz, y en todo este tiempo procuré a más de las máximas cristianas imprimir en el corazón de mis feligreses el buen servicio del rey, y paga integra de sus reales derechos. Hice una campaña de cinco meses largos, como capellán en el navío de su majestad el San Ramón, y en la isla de León dejé todos los sueldos al Real Erario,<sup>13</sup> con el objeto sólo de ayudar a mi rey en cuanto estuviese de mi parte. Vine acomodado a Valladolid con una prebenda en donde he sido siempre uno de los individuos que más ha perorado a fin de hacer, cuando los han pedido, donativos cuantiosos para las urgencias de la Corona; se pidió a mi cabildo una casa en arrendamiento para cuartel, y yo trabajé y condescendieron mis compañeros para que se donase, como sucedió ahorrando por este medio al erario los arrendamientos; llegaron a aquella ciudad las noticias de los escandalosos sucesos de Bayona; mi corazón se llenó de amargura y gritaba públicamente: *De ninguna manera, ni Napoleón ni Murat; Fernando hasta morir Borbón mientras lo aiga.* Sucesivamente tuvimos las noticias de la santa insurrección de España, y la ciudad antes triste y desconsolada se convirtió en alegría, todo era viva España, viva Fernando, a la una de ese mismo día, un numeroso pueblo me sacó de mi casa, en brazos sentado en una silla me llevaron por las calles me entraron al seminario y allí en la catedral del general peroré como tres cuartos de hora en favor de la buena causa concluyendo con las voces a

---

<sup>13</sup> Estos méritos corren impresos en Madrid como se puede ver en mi relación.

que todos correspondieron: Viva España; viva Fernando 7º. De allí me llevaron a la esquina de un portal para que le volviese a predicar; lo hice y me restituyeron a mi casa, desde donde entre las aclamaciones de los mismos vivos les arrojé porción de dinero; a los tres días prediqué en la catedral de transfiguración a la hora de subir al púlpito pasó un recado aquel señor intendente para que se dijese algo, tuve precisión de hablar, lo que no me costó mucho trabajo porque estaba yo en España cuando la revolución de Francia; hablé de ella de sus estragos, hasta la muerte de Luis XVI de la declaración de la guerra, de sus desgracias hasta la paz de Amiens con la pérdida de muchos millones, y la hermosa isla de Santo Domingo, todo por las maldades e intrigas de Godoy; hablé de la moción de Aranjuez, exaltación de Fernando; entrada en Madrid de las tropas de Murat, las maldades de éste hasta conducir al rey a Bayona, y su renuncia, hice ver al pueblo la catástrofe del 2 de mayo en Madrid todo con el objeto de hacerle concebir odio eterno a los franceses, de donde deduje la obligación en que estábamos de ayudar a la madre patria, ya que no con nuestras personas, con nuestro dinero, de encomendar a Dios a nuestros hermanos los españoles, que se habían empeñado en una lucha tan gloriosa, y exhortándolos por último a la obediencia al rey, y al gobierno legítimo que lo representara, desde esta época, he dicho algo en todos mis sermones. Se juró al rey en Valladolid, me comisionó mi cabildo para el adorno de la catedral, iluminaciones, fuegos artificiales y etcétera digan si con el mayor gusto y eficacia lo desempeñé a satisfacción, digan también sino he sido uno de los primeros que se han acelerado a celebrar con el mayor regocijo las buenas noticias de la península, y si continuamente no he hablado con el mayor entusiasmo a favor de la justa causa de España, digan si en mi casa desde que se sube la escalera no se ve lo primero el retrato del rey, y sino lo tengo también en la sala, y en mi estudio, porque si me fuera lícito diría que idolatro en Fernando. Para aplacar la justa tolera del Señor y pedirle el buen éxito

de las armas españolas, dispuse un novenario de misas al Divinísimo Señor Sacramentado en la iglesia del Colegio de Santa Rosa, el que se cerró con una solemne fiesta con sermón a la purísima como patrona de las Españas, a que asistieron los dos cabildos eclesiástico y secular y todo a mis expensas.

El 21 de diciembre del año pasado de 809, como a las diez de la noche, oí decir que habían preso en la misma a algunos sujetos de la ciudad, no supe la causa de luego a luego; después me dijeron que lo mismo había sucedido en Querétaro, y que el motivo era ciertas divisiones entre europeos y criollos, desde entonces comencé a ridiculizar semejante división; decía que en mi tierra jamás había oído esa expresión de criollo y gachupín para vejarse, que allí todos éramos unos y vivíamos hermanados; decía, que si no éramos todos españoles, hijos o nietos de europeos, y si no éramos todos vasallos del rey de España, y así continuaba mis conversaciones diarias. En el sermón de honras que prediqué en las del ilustrísimo señor Moriana de gloriosa memoria (que puede verse) deseoso yo de decir algo en el particular, me valí del arbitrio de poner un apostrofe en boca del mismo prelado difunto, para que exhortara al pueblo haciéndole ver los males que el señor derramaría sobre nosotros por nuestras culpas; la penitencia de ellos concluyendo con encomendarle la unión y la paz, que Jesucristo nos dejó. Después de la entrada de las tropas del rey, se pidió por el señor Trujillo una suscripción para monturas de algunos patriotas, y yo con bastante complacencia me suscribí a ocho, y cuyo costo entregué. Todo lo que manifiesta bien claramente mi constante adhesión al rey y a la patria. Estos servicios aunque me parecen cortos según mis deseos, a más de lo dicho arriba, tengo hechos al estado en toda la carrera de mi vida, pero por desgracia señor ellos no han llegado a México, y si han llegado, han sido escritos con tinta muy negra y llena de borrones la plana para que por algunos claros se vea lo que tiene algunos visos de poderme perjudicar, y entre los borrones lo que me puede

favorecer.

Lo dicho en este papel es la verdad, si en algo variase será en el modo, mas no en la sustancia, puede faltar alguna cosa que se me haya pasado, por ahora no tengo presente más, si se me preguntase lo que yo no haya dicho, lo diré, siempre guardando la sagrada religión del juramento conforme, y por qué fue. No me resta otra cosa, sino suplicar rendidamente a vuestra señoría se duela de la triste situación en que me hallo, mi edad ya cansada, mis enfermedades habituales y la triste memoria de mi honor pendiente, me tienen en esta prisión sin sentir el menor consuelo, de día en día se me va quebrantando más la salud; la debilidad es suma; por lo que si esto dura mi muerte será cierta, y sin remedio antes de poco tiempo. Tenga vuestra señoría compasión de mí y de una pobre familia que pende de mí para su subsistencia. Así lo espero de su mucha caridad.

México 24 de octubre de 1811.— *Sebastián de Betancourt y León*.

Adiciones que hago al papel anterior que no puse en él por olvido, y deberá tenerse presente para que se vea la tropelía, y el desprecio con que me trataron los insurgentes.

El día 17 de octubre a las siete y media de la noche, estando yo en la cama bastante acalentrado de resultas de los sustos recibidos en esa tarde, que fue la del día en que entró el infame Hidalgo; insultos del clérigo Balleza se entraron hasta mi alcoba, con mucha precipitación cuatro hombres con espada en mano sin que mis gentes los pudieran contener aun diciéndoles que estaba enfermo; me sorprendí en términos que casi no podía echar la palabra por la boca. Con mucha altanería me dijo uno de ellos que le entregara la llave de la tienda que hacían ruido dentro y estaban robando, le contesté, que yo no tenía las llaves, y ni sabía tampoco a quién las dejó el amo de la tienda, me porfió muy enfadado y le respondí que aquella tienda no se manejaba por dentro de mi casa, y que sólo había una

ventana que caía al patio; bajaron aquellos malvados, rompieron la reja de la ventana que era de palo, y se entraron a la tienda, y aunque en ella no había cosas esquinitas, porque el dueño lo había trasladado antes de su fuga, sin embargo, quedaron allí algunos comestibles, muy pocos licores, y algunos géneros ordinarios, de lo que robaron estos cuatro ladrones lo que pudieron llevar, con otros tres que se les arrimaron, se fueron y aunque yo no quería dejaron allí a la ventana una guardia de seis indios para que cuidaran; estuvieron dos días, en los cuales se bebieron el poco licor que había, y se sacaron bastante de lo demás; No obstante algo contuve y pude remediar, y logré entregar al dueño de la tienda piando fue que lo es don José Ramón Gómez, algunos efectos por el valor de doscientos pesos largos, con todos los utensilios de la tienda que no valen poco, debido todo a mis arbitrios.

He dicho en el papel anterior que liberté dos coches del señor Barcena; habiendo mandado por ellos los cabecillas , respondí que eran míos, esto es el uno, y el otro de una señora que asistía a señor Barcena, con lo que se conformaron, mas el pueblo furioso intentó tumbar la puerta de la cochera acaso por cogerse los vidrios, y el poco fierro que pudieran arrancar; al mismo tiempo intentaron tumbar una puerta de la tienda, de que resultó el que se pusiese una guardia que yo gratifiqué para la custodia de ambos; pasado algún tiempo tuve mi reconvención por los coches, y respondí lo mismo que antes, al cabo de unos cuantos días recibí un recado de Anzorena pero muy ejecutivo para que diese la llave de la cochera; la di sin remedio, y fueron a ella sus enviados, y quitaron las ruedas delanteras de uno de estos coches, y se las llevaron diciendo que eran para una cureña.

En la hacienda de San Isidro, tenía yo agostando un tronco de mulas de mi uso, al pasar por allí estos malvados se las llevaron, sin que valiera que los dependientes de la hacienda dijeran que era mío; respondieron que primero eran ellos, y así me quedé sin el tronco. Fecha *ut supra*.— *Betancourt*.— Una rúbrica.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gisela Moncada González  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602